

HANS EH RMANN

LA HISTORIA DE UNA ENTREVISTA

DURANTE una semana entera, no hubo dificultad alguna. Las conversaciones con Joaquín Edwards Bello fueron tres y cada una duró más de dos horas. El único problema de aquellas charlas fue lograr un mínimo de control sobre los constantes brincos de don Joaquín, que saltaba de un tema a otro y otro y otro, dejando un reguero de cabos sueltos o inconclusos que luego había que atar.

Tras gestionar la entrevista con Edwards Bello, Antonio Romera —entonces director del Suplemento Dominical de “El Mercurio”— me advirtió que era un hombre difícil. Me pareció todo lo contrario en nuestras conversaciones, pero pronto cambiaría de parecer.

Terminada la redacción del “Retrato”, Edwards Bello, acompañado por su esposa, vino a mi casa. Revisó el texto de sus declaraciones, de acuerdo con el compromiso previamente establecido con él. Hizo algunos cambios menores; agradeció, felicitó, partió.

Esa misma tarde la entrevista fue despachada en “El Mercurio” y, al regresar a casa, me encontré con una carta del escritor.

Troya había comenzado a arder:

Estimado colega y amigo:

Para quedar más contento voy a agregar esto: donde dice lo de la Religión cambiemos. Ponga así:

“Creo en la Virgen y en los milagros. Es la defensora contra el Mal universal, o Fuerza Contraria. Se puede dudar de la Bondad de Dios, pero no de la Bondad de la Virgen. Los infinitos santuarios a la Virgen con las plegarias incesantes crean Fuerzas Mentales, o Formas Materiales rítmicas constantes”. Quite *No creo en Dios*, pero siga con lo de Infinito...

Donde dice “Estoy condenado a crónica perpetua” debe decir: “Parodiando a Gómez Carrillo estoy condenado a crónica perpetua”.

Muchas gracias y créame. Así, su entrevista será perfecta y un motivo de curación total para mis nervios.

Eternamente agradecido

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Al día subsiguiente, aún no amanecía y Antonio Romera dormía el justo sueño de los críticos de arte cuando —a las seis de la mañana— un insomne Edwards Bello lo despertó para expresarle sus temores sobre diversos puntos de la entrevista. Tras por lo menos media hora de conversación telefónica, Romera creyó haberlo tranquilizado y pudo volver a dormir.

Sin embargo, a las nueve de la mañana, apareció Don Joaquín en persona en la casa de Romera. Revisó la prueba de página de la entrevista. La leyó tres o cuatro veces. Eliminando, atenuando, cambiando frases.

Finalmente —tres largas horas más tarde— partió, asegurando que no habría más problemas y que quedaba enteramente conforme.

Al poco tiempo recibo otra carta:

Estimado colega y amigo:

Estoy nuevamente enfermo de hiperestesia. Conversé con Romera esta mañana y quedé de acuerdo en *no publicar sin corregir a fondo*.

Quitar lo de Alessandri: sería fatal para mí. *Quitarlo íntegro*.

Dejar lo de la Virgen como dije ayer, pero quitar todo lo demás referente a Dios. En Inglaterra nunca se menciona o discute a Dios en la prensa. *¡Quitarlo!* y poner que "*para mí Marta y haber sanado de la parálisis es otro milagro de la Virgen Santísima*".

Quitar el nombre de mi hermano Emilio. Yo hubiera deseado ser Cónsul, no embajador. Nada más.

De mi madre decir que me ayudó con dinero para publicar *La Juventud*. Que sufría cuando me atacaban en diarios, pero que nunca me leyó. La madre de Benavente no leyó nunca a su hijo y le adoraba. La esposa de Vicuña Mackenna no leyó nunca a Benjamín Vicuña Mackenna.

En Zig-Zag suelen corregir textos hasta diez veces. Espero que Ud. como Romera respetarán su palabra de no dar el "pase" hasta que yo esté conforme.

Su muy atto. SS. y colega affmo.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Romera parlamentó nuevamente con don Joaquín. Se llegó a acuerdo sobre los cambios, pero la angustia aún corroía al escritor.

Cuando el "Retrato" ya estaba cartoneado y por entrar en prensa, don Joaquín fue a "El Mercurio" para pedir nuevos cambios. Pidió hablar con el director, Rafael Maluenda.

Pero Gonzalito, el mozo a quien acudió, no lo conocía y, por algún malentendido, Maluenda no supo quién quería hablar con él. Y no recibió a Edwards Bello.

El impacto de este episodio se tradujo en otra carta:

Joaquín Edwards Bello saluda a su gran colega Germán Ewart para expresarle cuánto deplora el hecho de pedirle la cancelación definitiva de la entrevista por razones serias de mala salud.

Anoche me sentí mal. Debo apartarme de todo esfuerzo mental. En "La Nación" publican crónicas antiguas. ¡Perdón!

Sólo la gran diplomacia de Romera pudo salvar el nuevo impasse y la entrevista finalmente se publicó el 4 de marzo de 1962.

La actitud de Edwards Bello fue progresivamente más angustiada y aun maniática. Durante el contacto humano de la entrevista en sí, se entrego plenamente, hasta el punto de confidencias que lógicamente no figuraron en el texto y que sigo respetando. Luego, al aprobar las fotografías que le había tomado, ya hubo un asomo de problema. Se las llevé durante nuestra última conversación y costó un poco llegar a un acuerdo sobre cuáles se publicarían. Lo que aquí se manifestó fue fundamentalmente el temor a verse viejo y hubo que prometerle que se retocarían.

Luego, ante la realidad cada vez más cercana de la publicación, se desesperó. El estado anímico que se desprende de sus cartas fue real. Don Joaquín no exageró al hablar del efecto que tenía sobre su salud. Si el reportaje hubiese sido para cualquier otra publicación, habría importado menos, pero la primera página de "El Mercurio" dominical le producía la sensación de quedar al desnudo en una gigantesca vitrina. Le llegó a parecer un acto de impudicia y no me cabe duda de que efectivamente habría acogido con enorme alivio la no publicación de la entrevista. Dentro del voluntario aislamiento en que vivía, ésta se cernía como una terrible amenaza.

LA ENTREVISTA

JOAQUIN EDWARDS BELLO

A primera vista, Joaquín Edwards Bello es el caos en persona: endemoniadamente complejo, maniático, contradictorio, obsesivo, inconformista y solitario. Sin embargo, como dijo Polonio en "Hamlet", "aunque sea locura, hay coherencia en ella".

Todo lo recuerda. Es un surtidor inagotable de lo creíble y de lo increíble: desde la imagen de Balmaceda paseando por la Plaza de Armas hasta los innumerables maridos de Bárbara Hutton. Eliodoro Yáñez solía decirle: "Tiene usted una memoria peligrosa".

Hasta recuerda que, estando aún en el vientre de su madre, asistió a las representaciones de Sarah Bernhardt.

Don Joaquín habla francés, inglés, portugués, un poco de alemán y bastante italiano. Tiene 75 años, pero representa 60 y quisiera aparentar 40.

Sólidas rejas protegen su casa, pintada con el verde y blanco de comisaría, mientras en su velador un gran revólver monta guardia las 24 horas del día. Su hogar siempre fue un recinto privado. Hace 25 años moraba con su madre en el edificio que ahora ocupa el Liceo N° 7, y usaba una máscara veneciana de fino plástico para disfrazarse cuando abría la puerta.

—¿Estará don Joaquín? —preguntaba la visita.

—No. Está veraneando en Zapallar —respondía el hombre de la máscara.

"Donde vivo yo es el mejor palacio de Chile", dice en un día de buen humor. "Para el chileno pierde interés un tipo que vive en Cumming con Santo Domingo", asevera en algún instante menos propicio.

Su casa es cómoda y funcional, pero sencilla, casi modesta. Hace algún tiempo lo visitó un conocido de Buenos Aires. Traspasó el umbral, miró y dijo:

—Che, vos te habés olvidado que sos Edwards.

Acto seguido se fue.

El propio Joaquín Edwards suele contar la anécdota.

Niño Rico.

Valparaíso lo nombró "ciudadano honorario" junto a Manuel Rojas y Salvador Reyes. Al agradecer, Rojas recordó su juventud de obrero, cuando dormía en un banco.

—Qué niñez tan feliz —pensó don Joaquín—; hubiera querido ser niño de pobre.

Hubo profesores que jamás le perdonaron llamarse Edwards, y con sus compañeros surgió más de un "malentendido", dirimido en el campo del honor. Tanto peleó en el colegio, que en su casa nunca faltó un bistec crudo para casos de emergencia.



Su *mama* se preocupaba de esas curaciones. También le salvó la vista cuando un trozo de vidrio se le incrustó accidentalmente en un ojo. En *Valparaíso* aparece bajo el nombre de Perpetua. Fue lo que el "Reader's Digest" llamaría su "personaje inolvidable".

—En toda mujer necesito ver a mi *mama*. Siempre he necesitado una mujer que me acaricie como si todavía fuese niño.

—¿A quiénes les pegan en sus casas? Levanten la mano —preguntó un día el profesor Schneider en el Liceo. Sólo Joaquín Edwards lo admitió. "Me alegro", dijo Schneider, quien dictaba sus clases con botas. Las mismas con que entró a París después de la batalla de Sedán: "La grandeza de Alemania nació así".

—El chileno es hijo del rigor —solía repetir el padre de Joaquín al hacerle entrega de sus 20 centavos semanales. Sólo años más tarde aumentó la mesada a un peso.

El Valparaíso de la infancia del escritor era un lugar muy serio. Una ciudad mercantil sin tiempo para extravagancias. Pero Joaquín no se dio por enterado.

A los nueve años editó¹ en el colegio su primer periódico, manuscrito. Unos tres años después publicó "El Pololo", en que comentó algunos romances producidos a raíz de la visita de la escuadra argentina. Se vendía en diez centavos, pero fue tan escandaloso que al día siguiente ofrecieron hasta dos pesos por un ejemplar.

En 1901, con la ayuda económica de su madre, inició la publicación de "La Juventud", que reseñó los "pololeos" de todo el mundo. Un día llegó el padre de Joaquín con cara larga. "Acompáñame", ordenó a su vástago, y lo llevó a los puestos de periódicos a recoger el diario, que luego fue solemnemente incinerado en el patio. A pesar de ocasionales contratiempos de esa índole, "La Juventud" se mantuvo hasta 1903.

Ahora Joaquín Edwards es "ciudadano ilustre" de la ciudad que escandalizó en su juventud².

¹Al revisar el original de la entrevista, Edwards Bello precisó, agregando la frase "en el colegio". En estas notas sólo se indican los cambios más substanciales surgidos en las sucesivas revisiones.

²El texto original decía a continuación: "El que me puso la medalla huyó al año siguiente por una estafa

de 400 millones. Eso es típico de Valparaíso. Por lo demás, creo que ahora roban muy mal. Si no se van a Caracas, los pillan".

En la primera revisión J. E. B. pidió eliminar desde "Por lo demás". Posteriormente, excluyó la cita completa.

Alegría de Vivir.

De Valparaíso, Quilpué y Quillota, donde transcurrió su juventud, saltó a París, a los 17 años (1904). Aprendió francés rápidamente, por supuesto en compañía femenina.

—En Europa, recién conocí la alegría de vivir. Los momentos grandes de mi vida transcurrieron ahí.

Su padre falleció en 1905. Joaquín, joven y buenmozo, se dedicó a vivir, a vivir plenamente. Hasta lo confundieron un día con el hijo del Khedive de Egipto, por su manera elegante y extravagante de vestir. Si se filmara la historia de Joaquín Edwards, entre 1904 y 1920, habría serios tropiezos con la censura.

En 1910, de regreso en Chile, publicó *El Inútil*. Escribió Alone: “Duro se hacía a los elegantes de entonces reconocerle talento a ese querido querubín educado en París que, en Huérfanos esquina de Ahumada, seducía mujeres con sus polainas claras y su belleza de adolescente, algo tenebrosa, a lo Edgar Allan Poe: cara pálida, enormes ojos sombreados y pestañas de bayadera en una cabeza magnífica”.

“Su novela *El Inútil*, donde él mismo personificaba el ocio de la clase aristocrática, provocó un silencio lleno de murmuraciones. Se contaban al oído detalles crudos, intimidades sexuales perversas, alusiones personales terribles. Eso, entonces, a los veinte años, parecía inaudito. Renegaron de él los suyos, porque los zahería, y no lo aceptaban los del corrillo literario porque a sus oídos de clase media Edwards sonaba demasiado a insolencia millonaria, y Bello, a prestigio magistral. Nunca se vio iniciación más violentamente solitaria”³.

—El libro causó tal sensación —recuerda don Joaquín— que me arranqué a Río. Se quedó sin dinero y trabajó como intérprete uniformado del Hotel Dos Estrangeiros. Su experiencia brasileña se tradujo en *Tres Meses en Río de Janeiro* (1911).

La Primera Guerra Mundial lo halló nuevamente en París. Una noche regresaba a casa cuando un policía lo encandiló con su linterna para exigirle los documentos. No los traía consigo y, a guisa de explicación, dijo:

—Soy chileno.

—No se le nota —respondió el *flic*, convencido de que aquel vocablo extraño correspondía a una enfermedad.

Una madrugada de 1916 golpearon en su cuarto de hotel:

³*Panorama de la Literatura Chilena durante el Siglo xx*. Nascimento, 1931.

—Policía judicial. —¿Se llama Edwards? Acompáñenos. Usted es ciudadano británico desertor.

De nada le sirvió alegar: "mais je suis chilien!". Debíó vestir el uniforme de un regimiento de zuavos del ejército francés. Se consuela con el recuerdo de que cuando estaba de franco tuvo "un éxito loco en París con el traje de salvaje. Su carrera militar concluyó después de seis meses de adiestramiento, gracias a activas gestiones del Ministerio de Relaciones de Chile. Cuando salió del ejército, el Cónsul Amunátegui le aconsejó: "Váyase cuanto antes. Todavía lo sospechan como espía".

Partió a España donde vivió varios años. En Europa a Joaquín Edwards no le dio por ir a ver escritores ni llevar una vida de intelectual. A pesar de lo cual conoció a más de alguna celebridad. En París, por ejemplo, Tristán Tsara lo designó "Roi Dada au Chili", y en Madrid, Ramón del Valle-Inclán presidió la comida de despedida al escritor chileno.

El Joaquín Edwards de esos días fue ante todo vividor y hombre de mundo. Ganó y gastó fortunas:

—El juego fue el gran desastre de mi vida. Jugué en todos los garitos del mundo. En Montecarlo, cuando lo perdí todo, me dieron un pasaje de ferrocarril, veinte francos y un detective que me acompañó a la estación.

El último viaje de don Joaquín a Europa tuvo lugar en 1925 como uno de los delegados de Chile ante la Liga de las Naciones. Fue el único cargo diplomático de su vida, y presentó una moción sobre la prensa, que fue aplaudida y aprobada por unanimidad. Recuerda:

—Eramos once en la delegación, mientras países como Gran Bretaña y China se hacían representar por dos personas. Cuando nos llegó el turno, no acabábamos nunca de entrar a la sala de sesiones. Todos se preguntaron asombrados qué proyectos tan importantes traería Chile para enviar tamaña delegación.

Cronista.

En 1920 Joaquín Edwards publicó *El Roto*, una de las obras que le valieron mayor prestigio. El historiador Encina le escribió diciéndole⁴ que ése era uno de los libros chilenos que había leído dos veces.

El mismo año inició su carrera periodística adulta. Discrepó con

'J. E. B. precisó, reemplazando "le dijo una vez" por "escribió diciéndole". Continuaba el original: "que ése

era el único libro chileno que había leído dos veces". Aquí, "único" fue reemplazado por "uno de los".

un discurso del senador Ricardo Valdés Bustamante sobre "El Concepto de la Aristocracia" manifestando "que es ridículo hablar aquí de gentleman. Lo primero que se necesita para eso es una gran renta". El artículo apareció al día siguiente en "La Nación". Joaquín Edwards se quedó asombrado. No sabía que demoraba tan poco.

Fue el comienzo de un verdadero milagro: más de cuarenta años consecutivos en "La Nación". Durante el mismo período el diario cambió 32 veces de director.

Sólo la madre del escritor no leyó sus artículos:

Es corriente⁵. La madre de don Jacinto Benavente no conoció las creaciones de su hijo. Doña Victoria Subercaseaux no leía las creaciones de su adorado Benjamín. Una vez un pedido a la carnicería llegó envuelto en una de mis crónicas. Esa vez lo leyó. Le agradó y me hizo un regalo. Sufría cuando me atacaban los periódicos.

Lenka Franulic escribió que "todos reconocen en él al primer *chroniqueur* de Chile"⁶, y cada uno de sus "Jueves" en "La Nación" le significa recibir más de 50 cartas de lectores. Pero don Joaquín reclama:

—Parodiando a Gómez Carrillo⁷, estoy condenado a crónica perpetua. Dejé medio cerebro en el diario: cerca de nueve mil crónicas. En Estados Unidos mi reputación se habría traducido en coche, casa de campo y piscina. Aquí es diferente. Voy por la calle, veo un dedo negro que me apunta y escucho una voz que dice: "Ese que va ahí es Joaquín Edwards Bello". O se acerca un señor para manifestarme en forma condescendiente: "Muy bonito su articulito". Lo que se dijera en tres líneas de una crónica no lo cree nadie. Si hago un libro de mil páginas sobre el mismo tema, es distinto. El libro más malo vive más que la mejor crónica.

Don Joaquín jamás quiso aprender a escribir a máquina y entrega sus originales periodísticos en forma manuscrita. Los escribe con letra grande y dibujada para que sean claros. Para otros usos dispone de una caligrafía tan enrevesada que sólo se entiende él mismo.

Aristocracia.

En 1921 se casó con Angeles Dupuy Ruiz, una española de Guadix. Con ella tuvo dos hijos y enviudó en 1926. Aún le cuesta hablar de

⁵Texto original de este párrafo: "No leía nada de nadie. Una vez un pedido a la carnicería llegó envuelto en una de mis crónicas. Esa vez leyó. Le agradó y me hizo un regalo".

⁶Revista "Ercilla", 18 de mayo de 1954.

⁷La frase "parodiando a Gómez Carrillo" fue añadida en una de las revisiones.

ciertos aspectos de esa etapa de su vida. Su esposa, de familia respectable pero condición modesta, dio blanco a las malas lenguas de la gente bien. Se ensañaron con él y su esposa. Se tornó más huraño y aumentó aún más su aversión a la aristocracia, lo que suele manifestarse en frases como ésta:

—No se puede llamar aristócrata a quien presta dinero al 15% mensual⁸. Son egoístas pero me leen.

Rechazó la convivencia con su propia clase social y —como atestiguan sus libros— se interesó en las clases populares. Pero carece de ubicación concreta en un ambiente social determinado. Eligió una arisca soledad.

Escribió Julio Orlandi: “Al pueblo lo defiende sin confundirse con él; a la aristocracia la censura, sin abjurar de ella: todo roto es un héroe; todo mesócrata es ambicioso o venal; todo aristócrata es un pervertido. Con igual criterio, todo diplomático resulta un mentecato inútil; el político, un parlanchín ignorante”⁹.

Hijo Reprendedor.

“Hijo más reprendedor de su patria no le nació a nuestro viejo Chile, satisfecho y sentado en sus prestigios”, escribió Gabriela Mistral¹⁰. En *Valparaíso* se lee que “todo chileno es enemigo del gobierno hasta que le den empleo fiscal”. En *Criollos en París*, dice: “Chile es madre amante de los extranjeros y madrastra feroz del chileno”.

La relación de Edwards Bello con su patria, compleja y contradictoria como casi todo lo que se refiere a este intrincado personaje, podría resumirse con el refrán: “quien te quiere te aporrea”.

—Así estamos todos como indios que esperan el buque de Europa. Gabriela Mistral y Neruda tuvieron que tener éxito en el extranjero primero. El chileno nunca cree en el juicio de otro chileno.

“El principal defecto de la literatura chilena es que no tiene gracia. Son pesados para escribir. Hasta Blest Gana”¹¹.

⁸El texto original fue más contundente: “Son tan avaros”. Hay un señor que me dice: “Todos los jueves voy especialmente al Club de Septiembre para leerle”.

⁹“Atenea” N° 389, julio-septiembre 1960. La cita de Orlandi fue acortada por J. E. B. Eliminó al final de la misma: “el sacerdote, un avaro o un hipócrita”.

¹⁰*Recados contando a Chile*, Editorial del Pacífico, 1957.

¹¹Decía a continuación: “A Encina, Alone, Neruda y Subercaseaux los leo con gusto. Otros los vendería en la botica como papelillos para dormir”. En la primera revisión reemplazó la enumeración de nombres por “A muy pocos los leo...”. Al día siguiente, cortó todo.

"La mitomanía en Chile es fenomenal. Desde la cola del huemul en el escudo nacional. El huemul no tiene cola. Otro ejemplo, el duelo a bisturí de los doctores Charlín y Barros Borgoño. ¡Mentira! Murieron de gripe. Podría citar ejemplos durante horas.

"Todos los grandes financistas chilenos llegaron a lo mismo: bajar el valor del peso¹².

"Los descendientes de negro se dedican a la genealogía, pero nunca hablan del antepasado de color.

"Todo es imitación en Chile y Sudamérica en general. Por falta de fantasía. No hay un gesto aquí que sea original¹³.

"Si escribo del Club de la Unión o de "Las Cachás Grandes", disminuye el interés en un 90%. Al chileno no le interesa que le escriban de la Avenida Matta, sino del "Unter den Linden" o de los Champs Elysées.

"Yo no puedo ser nadie aquí porque nunca pido nada. Aquí todo se pide y se consigue".

Algunas de las aseveraciones de Joaquín Edwards hay que tomarlas con beneficio de inventario. Escribió sobre los ambientes chilenos de todas las clases sociales y sus libros se agotaron hasta el punto que hoy en día no se hallan en las librerías. El propio autor estaría dispuesto a pagar cinco mil pesos por un ejemplar de *El Inútil*.

Honores tampoco le han faltado: Premio Nacional de Literatura (1943), de Periodismo (1959), Académico de la Lengua y una serie de distinciones menores. Aunque a don Joaquín tal vez le habría gustado algún reconocimiento más mundano (como ser cónsul)¹⁴ no tiene de qué quejarse. Hasta le respetan muchos jóvenes iconoclastas que no acostumbran mostrar deferencia hacia su generación. Pero don Joaquín no quiere darse cuenta de eso. Parece tener la necesidad de sentirse perseguido y acosado. A veces siente la reacción del público hacia él como risa burlesca y socarrona. Oscila entre una super e infravaloración de sí mismo. Hay días en que se detesta y de buenas ganas se sacaría "a ese Joaquín Edwards como una camisa sucia". Su escepticismo es casi absoluto. Dice:

¹²A continuación, en esta enumeración de frases de J. E. B. iba la siguiente: "Arturo Alessandri nunca fue león... sólo un zorro". La retiró por temor a represalias en "La Nación". En 1962, Jorge Alessandri era Presidente.

¹³La frase original: "Todo es imi-

tación. El INACO fue copiado del IAPI argentino. Mire esta foto de Carlos Ibáñez con un fusil. Es idéntica a esta otra de Mussolini. No hay un gesto aquí que sea original".

¹⁴El paréntesis original: "(ser embajador como su hermano Emilio)".

—No creo que en el mundo se vaya a resolver nada. No se ha resuelto nada desde que nací¹⁵.

Pero momentos después añade:

—Creo en la Virgen y en los milagros. Es la defensora contra el Mal Universal o Fuerza Contraria. Se puede dudar de la bondad de Dios, pero no de la bondad de la Virgen¹⁶.

—Francamente, hay veces que creo estarme volviendo loco. Me desespero al pensar en la palabra infinito... en una estrella que tardó 800 millones de años antes de ser visible desde la Tierra.

Joaquín Edwards vive en conflicto constante. El es su peor enemigo. Hay días en que no está satisfecho con nada de lo realizado en su vida. Días negros en que no soporta a nadie y menos a sí mismo.

Lo que le da fuerzas es su vitalidad, su curiosidad intelectual, constante y omnívora. Y su esposa, Marta Albornoz, que lo acompaña y lo cuida. Se casaron hace quince años¹⁷.

En Casa.

En 1960, don Joaquín estuvo postrado varios meses con una parálisis que inmovilizó un lado de su cuerpo. Ahora, repuesto de esa dolencia, comenta: "Soy cobardazo al dolor físico y a las enfermedades largas. Miedo a la muerte no tengo".

Su archivo se desborda en cada rincón y cada mueble de la casa de calle Santo Domingo. "Pídame lo que quiera", suele decir a sus visitas, y en cuestión de segundos halla lo solicitado.

Cobre, coca, cochero, Cochrane, cóctel, cocina vasca, cogotero, copihue...

Los sobres con recortes, fotos y documentos atiborran cada rincón y cada mueble del living, del comedor, del escritorio y del dormitorio.

¹⁵El original: "No creo en nada. No creo que se vaya a resolver nada. No se ha resuelto nada desde que nací".

¹⁶Originalmente dijo: "No creo en Dios, pero creo en la Virgen. No puedo creer que Dios es bueno. Si hay un terremoto, caen las iglesias antes que los prostíbulos, porque son más

altas". En la primera revisión corrigió: "Creo en Dios y en los milagros. No puedo...". Posteriormente, eliminó todo.

¹⁷Decía a continuación: "Este segundo matrimonio tampoco mereció los parabienes de la sociedad santiaguina", frase que fue eliminada a pedido de Edwards Bello.

Adiós al Séptimo de Línea, Adenauer, adivinas, adobe, afeitarse, Afganistán, aftosa, atentados políticos, atún... Todo aparece en ese gran archivo, obra, orgullo y manía de toda una vida.

El archivo convive con la biblioteca. Una multitud de libros leídos, subrayados y comentados al margen por el escritor. En las paredes, junto a recuerdos familiares, sus cuadros.

Ha pintado en más estilos que Camilo Mori. Desde una Salomé (muy obesa) a la manera de Dalí, paisajes primitivos y figuras picasianas hasta escenas realistas, telas impresionistas y "collages".

Sobre una mesita luce una hermosa Virgen colonial proveniente de la Hacienda La Punta, que perteneció a su madre. También conserva con cariño cabezas de santos procedentes de la misma capilla.

Don Joaquín, cuenta su esposa, la morisca Marta, "duerme como un angelito desde las 8 de la noche hasta las 5 o 6 de la mañana. Hace gimnasia sueca y toma jugo de naranja. Es enemigo del baño caliente, porque 'afloja la carne'. Le gustan las friegas con toalla mojada en agua fría. Toma desayuno y más jugo de naranja. Lee los diarios, recorta lo que le interesa y lo archiva. Trabaja en la reedición de *El Roto*. Una gran maleta alberga el material para esta nueva versión. También prepara nuevas obras, *La Hora del Corvo*, *Isla de Pascua* y *Centenario*".

Va al cine casi todos los días con la señora Marta. Debe ser la única vez que se sienta. En su casa vive de pie, conversa de pie y hasta escribe de pie.

Es un charlador ameno e inagotable, con marcada tendencia al monólogo. Toma un tema y lo ataca desde un ángulo y otro, con breves incursiones al archivo en busca de algún sobre que documente o amplíe lo que va diciendo. Puede hablar de *Martín Fierro* ("el único filósofo americano") corroborando su tesis con largas tiradas del poema recitadas de memoria, o puede discutir la bomba atómica. La gama de sus inquietudes desmiente su edad.

En la calle tiene varias maneras de trabar contacto con sus conocidos. Todo depende del estado de ánimo (y de la persona). Puede detenerse a charlas, pero también es posible que pase de largo sin "ver" a nadie. Lo más característico es cuando saluda ceremoniosamente sacándose el sombrero con un florilegio de elegancias tal que le envidiaría el mismísimo D'Artagnan. Tiene, por lo menos, una docena de sombreros y dicen que matiza su saludo de acuerdo con el modelo.

Hay amigos del escritor que se irritan ante el formalismo de ese saludo que indica a las claras que no desea ser importunado. Pero, aunque se indignen con él, no por eso dejan de respetarlo. Porque don Joaquín es hombre que se hace respetar.